La Juventud Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO X. | DIRECTOR PROPIETARIO: Ramón Blanco Rojo. | PRECIOS DE SUSCRIPCION: En Murcia y Lorca, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pts. trimestre. Número suelto 10 cts. Redacción: Victorio 53. | COLABORADORES: Todos los suscritores. | NÚM. 433.

MURCIA 7 DE AGOSTO DE 1898.

ADVERTENCIA IMPORTANTE

—(o)—

La imprenta, redaccion y administracion de este periodico se ha trasladado á la calle de Victorio nº. 58

La Juventud Literaria

PALIQUE

Ya parece que se entra de lleno
en lo de la paz,
y es suceso que firme ambiciono,
como los demás.
Las gestiones al fin empezaron
sin dificultad
y á una *gran solución* se camina
honrosa y verdad.
. . . . . .
Ya veremos después si resulta
la *gran pastelá*.

* * *

Y hablamos del calor, como prometimos en nuestro último palique.

Por más que nosotros nos quejamos de vicio.

Para verano terrible el del año 1000. Los calores y la sequía que en él se experimentaron contribuyeron poderosamente á la preocupación de que el último día de aquel año sería el último del mundo. *El terror milenario* creció con aquella horrible temperatura.

El verano, según los cronicones, empezó aquel año demasiado pronto. La primavera había sido breve y muy seca, También se había mostrado poco abundante en lluvias el otoño. El calor subió rápidamente, secáronse los campos, empezaron á debilitarse los manantiales y al mediar el estío, aun los ríos más caudalosos estaban medio secos.

Siguió arreciando el calor. Las gentes morían sofocadas. Pueblos enteros emigraban en busca de agua, y había tremendas reyertas por las fuentes y arroyos que seguían corriendo. Vióse en algunos sitios bebiendo, á poca distancia, lobos y ciervos, y de ahí se vino á decir que se cumplían los avisos de la Escritura acerca del fin del mundo.

Las descripciones hechas por los monjes de aquel tiempo son horrorosas. También lo son las de otros veranos medioevales, como el de 1211 y 1321.

En el siglo pasado hubo, como todo el mundo sabe, el verano espantoso de 1793, durante el cual llegó el termómetro á marcar en París 38 grados Reaumur, y las maderas de las puertas y de los muebles se abrían y se agrietaban con tremendos chasquidos.

Podemos hoy consolarnos pensando que todavía nos falta mucho para llegar á esos extremos.

* * *

Recortamos:

«En la feria de Novelda ha circulado moneda falsa.»

Vaya una noveldád.

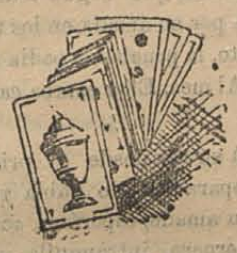
Eso sucede en todas partes.

* * *

Y basta de *paliquear*. Estoy deseando terminar, pues lo tengo todo preparado para marchar á Cartagena, y hay que divertirse y no pensar en nada.

Hasta la vuelta.

Gelin



¡LA ORACIÓN!

—«o»—

Los dos se hallaban sentados cerca de un límpido arroyuelo cuyas murmurantes aguas, al deslizarse de peña en peña, parecían repedir con argentina vocecilla las apasionadas frases que cambiaban los enamorados.

El sol se ocultaba en aquel instante por Occidente, enviando á la tierra su último adios por aquel día con sus postreros resplandores; los pájaros se retiraban á sus escondrijos emitiendo sus últimos gorjeos; los grillos y las chicharras daban comienzo á sus monótonos cantos; á lo lejos se escuchaban las esquilas del ganado que se dirigía al hogar, guiado por el honrado hijo del trabajo, quien al pensar que dentro de pocos instantes podría entregarse al reposo, entonaba una copla del país, con la satisfacción de todo aquel que tiene tranquila la conciencia, la imaginación libre de ensueños difíciles de realizar y alegre el alma...

En tanto aquella niña encantadora, de rubia y abundante cabellero, negros y rasgados ojos y gracioso semblante que parecía formado por el nacar, la rosa mantenía animado diálogo con su interlocutor, un mozuelo que á lo más contaria veintidos años, alto, robusto y de fisonomía franca y enérgica, oscurecida en aquel momento por esa sombra que esparce el dolor sustituyendo á la animación con la indiferencia y la amargura.

—Es necesario que partamos hoy, Antonia—decía el muchacho;—la mujer que quiere á un hombre no debe dudar en abandonar á sus padres por seguirle.

—Imposible, Juan—contestaba la muchacha,

Y añadía:

Los pobres viejos no me han dado motivo para que los abandone, y verificándolo cometería una villanía.

—No quieren que te casex ahora.

—Nos casaremos el año que viene.

—Eso demuestra lo poco que me amas.

—No, lo mucho que te quiero.

—Mentira, Antonia.

—Verdad, Juan.

—¿Por qué?

—Porque deseo que nuestra felicidad sea completa.

—Eso es... una excusa porque no quieres huir conmigo.

—Es una razón justa, porque el ladrón nunca disfruta tranquilo el dinero que ha robado, y tú no podrías disfrutarme tampoco.

—¡Te aborrezco, infame!—gritó Juan sacudiendo brutalmente las manos de la pobre niña.

—¡Me haces daño! dijo ésta echándose á llorar,

. . . . . .

En aquel instante se oyó el toque de ánimas que anunciaba la campana de una ermita cercana.

Antonia se arrodilló, cruzo las manos, elevó al cielo sus grandes ojos preñados de lágrimas y comenzó á orar.

Juan se arrodilló también después de despojarse del sombrero...

. . . . . .

Terminó el toque de ánimas al mismo tiempo que la oración de Antonia; las miradas de los novios se encontraron, y al cabo de algunos instantes preguntó el mozuelo:

—¿Te he hecho daño?

—¡No—repuso ella serenándose.

—Sí, te he hecho mal; pero tú en cambio me has causado mucho bien con tu oración.

—¿Por qué?

—Porque ya no quiero escaparme; nos casaremos el año que viene, y así podremos, en el tiempo que falta, escuchar todas las tardes la oración desde este sitio.

. . . . . .

El murmullo de un beso apagó las últimas palabras de Juan, mientras los rayos de la luna envolvían cual celestial aureola la artística cabecita de Antonia aumentando el brillo deslumbrador de sus cabellos de oro.

. . . . . .

M. DE LA P.

CLARIDADES DE UN GALAN

—=—

A Dios pongo por testigo
de lo mucho que te quiero;
mas te digo
que en la esquina no prosigo,
porque ya me desespero.

—

Si, lo dicho, me pronuncio,
pues tanto planton me balda;
y te anuncio,
que no te vale ni el Nuncio,
como yo vuelva la espalda.

—

No soy en amor experto,
ni hace falta que lo sea;
mas te advierto
que dejo á cualquiera tuerto
y á mi nadie me marea.

—

Juzgarás que soy un ente
tan vago cual lo veranos;
ten presente
que cómo muy frugalmente,
bebo agua y no fumo habanos.

—

Y si sueño en tu anhelo
para el consorcio atraparme,
te revelo
que ni en tierra, mar ni cielo,
nunca podré yo casarme.

—

Y si no me ves tan duro
cuando de ese *nudo* trato,
te aseguro
que es por no causarte apuro
y por divertirme un rato.

—

Pero que de tiempo atrás
hice voto de soltero;
y sabrás,
que para mi están demás,
cura, costilla y casero

—